

Carta segunda.

A Los Reverendos en Christo mis Señores todos los Sacerdotes, y Ministros del culto Divino, que viven segun los Estatutos de la Santa Fè Catolica: Fray Francisco de Añis, pequenuelo, y minimo siervo suyo, desea salud, y con humilde reverencia besa sus pies. Porque soy deudor à todos, y no puedo por mis muchas enfermedades visitaros personalmente, para cumplir en parte mi obligacion, os hago por escrito en fucintas clausulas este recuerdo, y amonestacion, que suplico admitais con benignidad, y amor perfecto. Atendamos todos los Clerigos, y Ministros de los Altares el enorme pecado, y torpissima ignorancia de algunos, que con irreverencia tratan, y manejan las cosas tocantes al Santissimo Cuerpo, y Sangre de Christo, y à lós Santissimos Nombres de Dios, escritos, y palabras de la Consagracion. Què vemos viviendo en esta carne mortal, y què perciben nuestros ojos corporales en este mundo de el Altissimo Hijo de Dios, sino el admirable Sacramento de Cuerpo, y Sangre, y las Sacrosantas palabras suyas escritas, que obraron nuestro ser, y nuestra Redempcion? Por tanto aquellos, que administran estos sagrados Mysterios, metan la mano en su pecho, y confidieren atentamente, y mas los que indifcretamente lo administran, la impureza de los Calizes, el de salino, y la inmundicia de los Corporales, en que se sacrifica, y consagra el Cuerpo, y Sangre de Christo: la indecencia de los lugares en que se colocan, la inconsiderada temeridad con que se lleva, la indignidad con que se recibe, la indiscrecion con que se administra. Los nombres, y palabras suyas escritas, què de vezes se traen entre los pies, y con desprecio se

piñan, porque el hombre animal, como dize San Pablo, no percibe, ni penetra las cosas de Dios. Y será posible, que nuestro coraçon no se mueva à vista de estos desordenes con sentimiento de piedad Religiosa? Que el mismo Señor piadoso, y liberal, haze entrega de sí en nuestras manos, para que le toquemos, y se nos dà cada dia en nuestras bocas para alimento de vida eterna? Por ventura ignoramos, que hemos de venir à dar en las poderosas manos de este Supremo, y rectissimo Juez? Por tanto, carissimos Señores míos, pongamos en tan torpes defectos presta, y firme enmienda, y donde quiera que vieremos el Cuerpo Santissimo de N. Señor Jesu Christo colocado con indecencia, y despreciado, quite se de aquel lugar, y pongase en otro precioso, y decente, y cierre se para el culto, y la seguridad. Semejantemente los nombres, y las sagradas palabras de Dios, que hallaremos escritas en lugares inmundos, y conculcadas, recojan se con reverencia, y pongan se en lugar honesto. Sabemos, que à esto estamos obligados, ante todas cosas, con observancia indefectible por precepto de Dios, y por Constituciones de la Santa Madre Iglesia. El que despreciare su cumplimiento, sepa, y tema, que darà rigurosa, y estrechissima cuenta ante el Tribunal formidable de Christo en el dia del juizio. Los que para mejor observancia de estos consejos, hizieren copiar este rescripto, sepan, que tendran cierta la bendicion de Dios. Nuestro Señor Jesu Christo conforte, y llene de su santa gracia à todos vosotros mis Señores, cuyos pies beso con humilde reverencia.

Valete.
 * * * * *
 * * * * *
 * * * * *

LIBRO
T E R C E R O .
 DE LA VIDA DEL GLORIOSO
S. FRANCISCO.

CAPITULO PRIMERO.

Fia San Francisco el gobierno de la Orden à Fr. Elias, y sale de Italia para la Suria con deseos de padecer martyrio.



ARDIA en el coraçon del Serafico San Francisco aquel antiguo deseo de ofrecer à Dios la vida en las aras de el martyrio con zelo de la salvacion de las almas, y exaltacion de la Fè Catolica. Y aunque yà por dos vezes viò frustradas sus ansias, no desistia de la empresa, ni gozaba de quietud à fin de adelantar su pretension, sin perdonar diligencia alguna para su hallazgo. Serviale de poderoso incentivo à sus deseos el exemplo de sus Hijos, que repartidos en varias Regiones de Infieles trabajaban con orden suyo en buscar fantamente ambiciosos este precioso tesoro. Pareciale, que entregarlos à la fátiga de vn empleo tan arduo, y quedar se en Italia (aunque gravado con el peso del gobierno) era culpable ociosidad, debiendo ser en los trabajos el exemplar primero. No se le ponía por delante, que Dios, que por dos vezes le avia extraviado este mismo intento, aora tambien le embargaria los passos para martirizarle mas, que con los filos del cuchillo, con

la penosa suspension de sus deseos: porque como verdadero siervo suyo veneraba los profundos juyzios de la providencia, y sin detener se inutilmente à examinarlos, seguia los impulsos de la inspiracion. Para correr mas desembaraçado de cuidados, en esse que llevaba mas sus atenciones, tratò de dexar el gobierno à Fr. Elias, Ministro Provincial de Florencia, de cuya gran capacidad tenia experiencias, y confiava los aciertos. Antes de hazerle la entrega, consultò sus designios con el Cardenal Protector, para seguir en todo sus consejos, así por la gran satisfacion que tenia de su sabiduria, y prudencia, como porque conocia en el vn ardiente zelo del mayor bien, y gloria de la Religion. Vio el Cardenal en que se fiasse à Fray Elias el regimen de la Orden: y preguntòle, que disposicion, y expediente dexaba para el buen cobro de los Còventos de las Monjas Clarisas. Respondió el Santo: Señor, por cuenta mia, y de mi direccion, ha corrido solamente el Convento de las Damianitas, donde està la hermana Cla-

Clara; en todos los demás, ni he tenido parte, ni por diligencia mia se han multiplicado; antes bien me ha sido no de poco sentimiento ver à mis Frayles tan embaraçados, y sollicitos en la fundacion de tanta multiplicidad de Conventos de Monjas, de cuya sollicitud los quisiera muy agenos. Dame, Señor, mucho cuydado, que las Monjas se vayan apropiando el titulo, y nombre de Minoritas, yà porque en esto no le faltará que censurar, y cabilar à la malicia, y emulacion; yà porque la univocacion del nombre puede ser pretexto para que sea mas estrecha la familiaridad de ellas con los Religiosos, lo qual tiene grave inconveniente. Por tanto ruego à V. Emperador, que como tan zeloso de la honra de la Religion, ponga todos los esfuerzos de su autoridad, para que dexen el nombre de Minoritas, y sean conocidas por el titulo de las Señoras pobres. Y no permita, que en su gobierno se entrometan los Frayles, porque es vna materia llena de peligros, y ocasionada à muchos descritos. Oyòle el Protector, y viendole con averfion à esta materia, tomò à su cargo el ajuste, ofreciendo conferirle con el Sumo Pontífice.

Dificulpa tenían en la verdad las agencias de los Frayles en las asistencias de vnas pobres Monjas, cuya estrecha pobreza las ponía en extremas necesidades, à que no podía faltar la piedad de aquellos, por cuyo consejo abraçaron el rigor de su penitente vida. À mas de esto, como el Glorioso Patriarca diò principio al Convento de San Damian, y cuydò tanto del cultivo de aquella primera planta; tuvieron los hijos suficiente motivo en su exemplo, para hazer lo mesmo en otras partes. A este hermoso pretexto de zelo, y de piedad, se arrimaba el beneplacito del Sumo Pontífice, que soli-

citado de las instancias del Protector Hugolino favorecía las fundaciones con indultos Apostolicos, y encargaba mucho, como loable su asistencia. Con todo esto el Santo no quisiera ver à sus Frayles tan empleados en esta ocupacion, y algunas vezes, con turbacion, bien agena de la serenidad ordinaria de su espíritu, le oyeron dezir: *Timeo ne dum Deus nobis abstulit uxores, diabolus nobis procurabit sorores.* Temo, que quando Dios nos hizo libres de las mugeres, el diablo nos ha buscado las hermanas Monjas. No podemos dudar, que fue sentimiento de su prelagioso espíritu, pues fueron por esta causa gravísimas las molestias que padeció la Religion en los siguientes años, como se viò en tiempo de Urbano Quarto, con muchos disturbios, que le originaron de su gobierno.

Cautelò por esto el Santo, con mucho rigor, que sus Frayles no comunicassen con las Monjas, fuera de vno; que fuè el bendito Fr. Felipe Longo, Varon candidísimo, à quien hizo su Visitador, y superintendente, sin permitir, que los demás, sino en caso de grave necesidad, las comunicassen. Con quanto rigor zelò este punto, lo dize bien este suceso. Fr. Esteban de Afis, vno de los compañeros del Santo Patriarca tuvo necesidad vn dia de hablar con vna Monja deuda suya; y con licencia de Fr. Felipe Longo llegó à la grada, y hablòla. Era hombre de mucho espíritu; y de allí algunos dias, caminando con su Santo Maestro en tiempo de Ibierno por la margen de vn rio, picado del escrupulo le dixo: Padre, viendo la averfion que tienes à que los Religiosos hablemos con las Monjas, no puedo dexar de confesar mi culpa, y es aver hablado con vna parienta mia en el Convento de San Damian, aunque lo hizè con necesidad, y con licencia de Fr. Felipe

Nota.

Lon-

Longo su Visitador, de que estoy muy pefaroso, y te pido perdón con firme proposito de la enmienda. Irritòse el Santo con extremo, y le dixo: O que mal hizite Fr. Esteban; inobediencia de esta calidad, no quedará sin severo castigo. Arrojàte en este rio vestido como estas, para que en sus aguas apagues las centellas, que à cafo prendieron en tu coraçon, de vno, fuego tanto mas peligroso, quanto mas manso. Arrojàse à las aguas el obediente Discipulo en lo mas erizado del Ibierno, y aunque le veía en tan terrible conflicto, no solo no se compadecia de su trabajo, sino que con severísima entereza le dezía: Lavate, lavate bien, y faga las ocultas manchas, que acafo se te pegaron, aunque no las ayas advertido; y dicho esto bolvió las espaldas, y prosiguió su camino. Salìo del rio el paciente cortado de el rigor del frio, confuso de su culpa, y admirado del inexorable enojo de su Maestro; à quien no debió, que en distancia de mas de dos millas le hablasse vna palabra, ni le mirasse al rostro. Quando llegaron à la primera poblacion, le habló con blandura, mostrando compafion de verle tan elado, y le diò las gracias de verle tan compungido, y humilde. Consolòse con dulces palabras, y le ayudò à que en el fuego enjugasse los Habitos, y se reparasse de la tormenta pasada.

CAPITULO II.

Salte de Afis con doze compañeros, y llega al Puerto de Ancona, donde se embarcò; sucesos raros antes de su embarcacion.

DISPUESTAS en buena forma las cosas pertenecientes al gobierno de la Orden, eligió el Serafico Padre para compañeros

en este viage à la Suria, à doze de los más antiguos, y en el exercicio de las virtudes mas diestros, y experimentados. No los nombran todos los antiguos Chronistas, pero si algunos, como son Fr. Pedro Cataneo, Fr. Barbaro, Fr. Sabatino, Fr. Leonardò de Afis, y Fr. Iluminato, todos compatriotas suyos. Llegaron todos al Puerto de Ancona, donde predicò el Santo, por no tener ocioso vn punto el ardiente zelo de su espíritu. Persuadido de las eficacias de su predicacion, vn mancebò rico en bienes de fortuna, le pidió el Habito con humildes supplicas; à quien respondió, que si queria ser compañero de los pobres de Christo, por la negacion, y desprecio de las riquezas de el mundo, las repartièse entre los pobres, y remediassè sus necesidades. El mancebò partiò de su preferencia à cumplir su mandato, pero dexandose vencer de los ruegos de sus parientes, les hizo donacion de su hacienda. Quando supo esto el Santo, con estraña severidad le despidió diciendo: Vete, vete con Dios hermano, no mosca, con quien han podido mas los ruegos de la carne, y sangre, que las leyes de la caridad. Por tener contentos à tus deudos, dexas defraudados, y quexosos à los pobres, y empieças por el amor de la carne la fabrica del espíritu, sin atender, à que vn edificio, que ha de ser perpetuo, y immortal, no puede ser à proposito cimientò tan corruptible. Quedò el hombre confuso, pero no arrepentido, pues bolvió à cobrar sus bienes de los deudos sus depositarios, y se quedó en el siglo olvidada su vocacion.

En otros de aquellos Pueblos circunvezinos, admitió al Habito à muchos, cuya vocacion bien examinada, le pareció segura. Siguiéronle hasta el Puerto, donde avia de tomar embarcacion, ansiosos de no perder su com-

pa-

pañia, cebados en las dulçuras de su enseñanza, y zelosos de perderle en tan peligrosa ausencia. No le perdian de vista, despreciando con su exemplo la funesta imagen de los futuros peligros. Llegaron todos à la Ciudad de Ancona, cuyo illustre Senado en hazimiento de gracias de los beneficios espirituales, que avia recibido de su caritativo zelo, y en demonstracion de su alegría, le señalaron vn sitio muy capaz, y acomodado para fundar Convento. Hizose la planta en la eminencia de vn collado amenissimo, y dieron à expensas propias principio à la fabrica con tanto calor de devocion, y tan poco reparo en los gastos, que salió la obra tan costosa, y magnifica, que fue necesario despues reformarla, quando la vió el Santo acabada à la buelta de Palestina. Despidióse de los Ciudadanos de Ancona con humilde reconocimiento de sus piedades, y encaminóse al Puerto con los suyos, para tomar embarcacion. Quisieran todos seguirle, tanto por el consuelo, que sentian en su amable presencia, quanto por las ardientes ansias de padecer martyrio, siguiendo su Capitan. El Santo se halló embarcado con la santa emulacion de sus Discipulos, y no siendo, ni posible, ni conveniente llevarlos à todos consigo, le dolia mucho aver de contristar à algunos, por esta causa, sin fiarse de su arbitrio, remitiendose en todo à las disposiciones de la Divina Providencia, les dixo, movido de instinto superior. Carísimos hijos mios, quando os tengo tan entrañados en mi coraçon, bien creible se os hará, que quisiera teneros en mi compañía, pero no siendo esto posible, siendo tantos, así por la grave molestia de la embarcacion, como porque la multitud es tambien embarçosa para nuestro intento; foy de parecer, para que ninguno pueda quedar que

„ xoso, que fiamos à Dios los aciertos
 „ desta eleccion, A qui està vn niño, à
 „ cuya inocente candidez darà el Se-
 „ ñor luzes, y palabras, para que sepa-
 „ mos su beneplacito. Puso en medio
 de todos à vn niño, que se halló acasó presente, como de tres años, y preguntóle, que dixesse en el nombre de Dios, si era conveniente, que todos aquellos Frayles se hiziesen à la vela y respondió intrepidamente, que no no convenia. Pues señala tu, querido, replicó el Santo, los que Dios quiere que vayan à esta empresa. Entonces el rapaz movido de superior ilustracion, y divino instinto entrefacó de todos à los onze, que el Serafico Padre desde Afsis avia elegido para esta Mision. Admiraron todos el suceso, y contentos los vnos, y los otros con su suerte, se embarcaron los señalados, y se quedaron en tierra los demás, contentos con la bendicion de su Maestro; y conformes con la voluntad de Dios, maravillosamente manifestada.

Hechos à la vela, llegaron con viento prospero à la Isla de Chipre, celebre en las costas de el Mediterraneo. Aquí se detuvieron algunos dias, en vno de los cuales sucedió, que Fr. Sabatino à vn compañero suyo le habló delante de vna persona seglar de su posicion, con destemplança, diziendole algunas palabras pesadas con falta de paciencia, y sobra de desprecio. Era Fr. Sabatino gran siervo de Dios; pero ni estos viven seguros del achaque de humanos, y de los insultos de las pasiones; y permite à las vezes el Señor en ellos desmanes de la naturaleza, para que advertidos en levés delizos, se pongan de pie firme en el conocimiento de su miseria, y no se pierdan de vana confiança. Así le sucedió à Fr. Sabatino, que haziendo reflexion sobre su desacierto, quedó tan confuso, y arrepenido, como lo testifica la estraña demonstracion, que hizo de su

Nota

do-

dolor en vengança de su culpa; postróse en la tierra, y cogiendo el inmundado, y reciente excremento de vn animal, se le echó en la boca, pareciendole, que menos riguroso bocado no bastaria à refrenar el desboque de su lengua: y que bien merecia el horror, y amargura de tales inmundicias, la que avia faltado à las dulçuras de la caridad. En esta forma postrado en tierra, y bañado en lagrimas, pidió perdon à su ofendido hermano, y corrigió, con los bien meditados acuerdos de la penitencia, las indeliberaciones, y primeros movimientos de su ira. El seplar antes escandalizado, ora confuso con exemplo de humildad tan insigne, quedó muy edificado, y devoto, y ayudó con largas limosnas à los peregrinos, para que tomassen con alguna comodidad su avio. Grande es Dios en sus siervos, aun de sus desmanes, y imperfecciones saca frutos, mejorando la humildad, lo que maleó el amor proprio; pero no se puede negar, que la salud de la convalecencia es muy descolorida.

CAPITULO III.

Llega el Santo à la vista de la Ciudad de Damiat, y pronostica la rota del Exercito de los que la tenian puesto cerco.

PARTIERON de Chipre los benditos Misioneros, y llegaron à la illustre Ciudad de Aconia, llamada tambien Tholemaida, nombres, que la dieron sus primeros fundadores Acon, y Tholomeo: llamóse tambien antiguamente Abiron, y tiene à la vanda del Austro vn Puerto hermosissimo, y el mas celebrado de la Suria. Aquí repartió San Francisco à los suyos de dos en dos à va-

rias Provincias de aquel Reyno, sin mas viatico, que el de la providencia: pero qual mas seguro, y mas abundante viatico? Quedóse solo con Fr. Illuminato, y en los confines de Tholemaida se detuvieron algunos dias, visitando sus Pueblos, sembrando exemplos, y cogiendo frutos de bendicion. Embarcaronse nuevamente, y llegaron à la vista de la Ciudad de Damiat, en cuyas campañas se hallaban afrontados dos poderosos Exercitos, el vno de Catolicos Ungaros, y Imperiales, y el otro de Sarracenos por el Soldan de Egipto, ambos en disposicion, y para-ge competente para darse la batalla. Luego que el Santo saltó en tierra se puso en Oracion, pidiendole à Dios el buen suceso de las armas Catolicas, para gloria de su santa Ley, y castigo de las ceguedades de la infidelidad; y le fue revelado, que seria fatal para los Christianos aquel dia, y que perderian la batalla con mucho descredito de las armas, y perdida grande de libertades, y vidas. Levantóse de la Oracion con la tristeza, y congoxa, que merecia tan sancto aviso; y bañado en lagrimas le dixo à Fr. Illuminato: Ay hijo, que gran mal amenaza à nuestro Exercito, porque el Señor me ha revelado, que si se dà la batalla, ha de ser de los Infieles la victoria, castigando con tan duro agote las culpas del Exercito Catolico! Yo bien quisiera dàr al General este aviso, para que dilatasse el combate entreteniendo al enemigo, y que en el interin con penitencias, y Oraciones templassemos el rigor de la Justicia Divina; pero no me atrevo, porque me tendran por loco. Pero sino lo digo, quedo tambien con grave escrupulo, porque acasó se ha valido el Señor de esta miserable criatura, para que avisando de parte suya del peligro, acudan à la penitencia por el remedio, como los Ninivitas. Quié

me

me aconsejas, pues, que haga, porque me dexo en esta parte à la direccion que Dios te inspirare? Respondiò Fray Illuminato: Padre, ni es esta la vez primera, ni serà la vltima, que los hombres te tengan por loco, pero no por el vano temor de este desprecio, serà razon, que te cargues de tan grave escrupulo en cosa de suma importancia: y en contingencia de que el temor del peligro abra camino al defengaño, y al arrepentimiento. Alentado con este consejo, se fue al General, y en presencia de los Cabos principales del Exercito, le dixo de parte de Dios, como estaba su Magestad muy ofendida de los desafueros, y culpas de los Soldados, que no dieffe la batalla, sin ofrecer antes con la penitencia alguna satisfacion de las ofensas divinas, procurando templar los rigores de la justicia, apelando con humildad à los estrados de la misericordia: y que sino tomasse su sano consejo, tuviese entendido, que se perderia la batalla con mucho estrago, y deshonor de sus huestes. Oyeron al siervo de Dios con desprecio, y le despidierõ con ignominia, y confusion, escarnecido como loco. Daba por sentado su orgullo, que era el dia suyo, todo, à causa de que el Exercito Catolico se hallaba mejorado en puesto, y en pertrechos, y numero nada inferior al de los Sarracenos. Presto lloraron su incredulidad con el horrible castigo de su soberbia, porque deshechos, y rotos en los primeros abances, los batallones Catolicos bolvieron las espaldas con vergonçosa fuga, perdiendo en esta rota mas de seis mil hombres, y en ellos la porcion mas noble, y mas luzida del Exercito; cinquenta cabeças de Cabos principales se presentaron al Soldan por despojo de esta victoria, y para lifonja de su crueldad. La profecia de este lamentable suceso, refieren todos los nuestros; y de los estraños Speriò, y

Hauberto Mireo, aunque le dan al año antecedente de 218. pero engañados, y convencidos con la autoridad de todos los demás Autores, que cuentan este funesto suceso en el año de 219.

Oprimidos los Catolicos con el peso de esta desgracia, corrigieron los desordenes de su mal diuicplinada milicia, y oyeron aunque tarde, las voces del defengaño, horrible yà con la sangre del escarmiento. Aprestaron el cerco à la Ciudad de Damiata, con tan violento teson, que la tomaron este mesmo año con gran gloria de las armas Christianas, y confusion de las Sarracenas, que se perdieron de confiasdas, y insolentes con el triunfo primero. Así sabe el Gran Dios de los Exercitos levantar humildes, y abatir fobervios, alternando en la variedad de contrarios suessos el rigor de su justicia, y la dulçura de su misericordia. Quien quisiere noticias mas individuales de esta batalla, las hallarà en Jacobo Vitriaco, y en Oliverio Scolastico, testigos oculares de este lastimoso infortunio.

Quedò San Francisco à vista de tan funesto expectaculo tristiísimo, viendo ultrajada la Christiandad con la desgracia, y à la Morifina insolente con la victoria. Azorado deste dolor, y del ardiente deseo de padecer martyrio, tomò intrepido la resolucion de entrar en el Exercito de los enemigos, sin mas armas, que el impenetrable escudo de su Fè, y la espada penetrante de la palabra de Dios. Tenia el General de los Infieles echado vando de que aprisionassen los Christianos, que pudiesen aver à las manos, sin quitarles las vidas, referva, que hizo no la piedad, sino la fiera de Soldan, que gustaba de ver en presencia suya derramar sangre de Christianos, de que tenia entonces sed insaciable. Dieron con San Francisco, y su compañero

Año de
1219.

Tach. Vi-
triu. in
Historia
Occid. c.
31.

los batidores, ò centinelas del campo, y adinirando la estrañeza de los vestidos, y el desprecio de su pobreza, los tuvieron por espías; titulo bien colorado para tratarlos con inhumanidad. Dieronlos muchos golpes, y con terrible ultraje los pusieron en presencia del General Barbaro, à quien el Santo con animo intrepido dixo: Christianos somos? de profesion, pero no como sospechais espías; no pedimos quartel, sino audiencia con el Soldan, à quien venimos à hablar en negocios importantes à su grandeza, y mayor bien de su Imperio. Oyendo esto el General, los despachò con guarda competente à la presencia del Soldan.

CAPITULO IV.

Predica al Soldan de Egipto, y amansa su fiera, y negocia con Dios su salvacion.

Avisado el Soldan de la embaxada de los nuevos prisioneros, les señaló dia para darsles audiencia; no sin esperanças de hallar en ellos algun medio oportuno para mejorar por tratos su partido contra el de los Catolicos; con quien tenia cruda, y peligrosa guerra. Preuinose para dar audiencia con todo el aparato, y ceremonias, que hazen mas respetosa, y casi formidable la Magestad; pero ninguna de tantas afectaciones tuvo el coraçon imparvido de el Glorioso Francisco, que puesto en su presencia le habló de esta forma: No soy, Señor, Embaxador destinado à ti por humana providencia, superior es, y de el Cielo mi legacia. El Rey de los Reyes, y Señor de los Señores Dios

Parte I.

Omnipotente, me embia à ti, para que con las luzes inefables de la verdad alumbré la tenebrosa noche de los engaños, en que vive tu entendimiento. No hagas caso de la baxeza, y desfialto de mis voces, pero nota bien mis palabras, y verás en la eficacia, y fuerça con que persuaden no ser mias, sino de Dios, que pretende por este medio, sacarte del abismo de tus errores. Viviste en esta ley, que te prescribe el Alcoran de Mahoma lleno de falsedades, à quien ha dado sequito la licencia, con que permite los deleytes mas torpes, à que se inclina el apetito con injuria de la razon. La ley verdadera es la que professa el Christianismo, sus Mysterios inefables, sus leyes santísimas, y suavísimos sus preceptos; pues todos miran à que el hombre ame, adore, y reverencie à vn Dios Santo, Bueno, Sabio, y Omnipotente. A vn Dios, à cuya providencia debe ser el hombre, sacandole del abismo de la nada. A vn Dios, que criò para temporal habitacion suya esta gran casa del mundo, y en ella tanta variedad hermosa de criaturas, para que se sirviesse de ellas, yà por focorro en sus necesidades, yà por recreacion en sus fatigas. A vn Dios, que formò la vistosa fabrica de los Cielos, para eterna habitacion suya, y de los que siguiendo las verdades de su Fè, y amando las grandezas de su bondad à poca costa de trabajos en el exercicio de las virtudes, hallan perpetuo descanso, ferriando à instantes de penas inmortales glorias. Este amor tan debido à Dios sumo bien, y bienhechor universal haze sus progressos, emplenandose tambien à beneficio de los hombres. Por esto esta ley, que te predico, manda, que ames à tus proximos, que son los demás hombres, para

Dd

que

que siendo todos vnos, y conformes
 en el ser de la naturaleza, vivan unidos por el afecto en el dulce lazo de la amistad, La Regla, y arancel, que debe guardar el amor que debemos tener à los otros, es el que por natural inclinacion se tiene cada vno à sí mismo, con esto quedan cautelados, y excluidos los daños, y agravios ajenos, mandando, que el mal que tememos para nosotros, no le queamos para los demás. Aun quiso Dios, Autor de esta santa Ley, dar mayores enanches à este amor, mandando, que descendiese hasta los enemigos, dando alientos para que procuremos hazer bien à los mismos, que nos hizieron mal, ofreciendo por agravios beneficios. Todos los demás preceptos se reducen à estos dos de amor del Dios, y del proximo, y en la observancia de todos, halla el hombre restituído à la razon el imperio, que tiranizó el apetito, pues poniendole en las manos el freno de las pasiones para que las rijja con la templança, las haze que sirvan todas à la virtud, y que triunfe de brutales apetitos la parte racional. Como puede, pues, dexar de ser la mas santa, la mas pura, y la solamente verdadera, vna ley, que forma al hombre atento, rendido, y reverente à su Dios: amable, y benigno à los demás hombres, y en sí mismo templado, y virtuoso? De aqui pasó el Santo à los inefables Mysterios de la Santissima Trinidad, y de la Encarnacion de el Verbo, y à la ponderacion de los beneficios de la Redempcion humana, con tanta energia, y eficacia, que descubrió en su boca la verdad aquel insignie privilegio, que goza de parecer hermosa, al que la oye, aun quando la teme, y la aborrece. Vióse así por los efectos, pues el Soldan admirado de la valentia de sus razones, y

del ardiente fervor de sus palabras, se sintió tan mudado, que siendo ferocissimo de su natural, y acerrimo perseguidor del Christianismo, no solo no se ofendió de su audacia, y libertad, sino que con particular agrado, y estraña manifestacion le agasajó, dandose, si no por vencido de sus razones, por obligado de su zelo, tratandole con reverencia, y agrado, quando se esperaba, que le ultrajasse con crueldad. De este suceso, y de la predicacion, que en los Reynos del Soldan hizo el Glorioso San Francisco, se infiere averle comunicado, con los demás dones gratuitos el don maravilloso de lenguas; pues es cierto, que en esta peregrinacion entre los Arabes, no se valió para predicar de interprete, ni tuvo mas compañero que à Fr. Illuminato, que era tambien de Nacion Italiano.

El Soldan pagado de esta visita primera, pidió al Santo se detuviese en su Corte, porque gustaria de oírle mas despacio, dandole à entender no estar averfo; antes bien estar careado, y bien afecto à las verdades de la Ley de Christo. Repitió el Santo la visita, y movido de superior instinto le dixo: Señor, si te resueltas à dexar los engaños de tu falsa ley, abriendo puerta con tu exemplo à tus vassallos, para que abracen la verdad del Christianismo, de buena gana quedaré en tu Corte, sacrificando mi vida, y mis fuerças à la enseñanza de tantas almas. Y si acaso en tu entendimiento batallan algunas dudas cerca de la Fè, que te precias, digo, contra la que has profesado, yo passaré de las palabras à las obras, y estas convencerán la verdad, que te predicaron aquellas. Convoça à tus Sacerdotes, y manda, que se encienda vna hoguera, para que entrando ellos, y yo en ella, sean sus llamas arbitros de la ver-

verdad, y quede por santa, y verdadera aquella Ley, à cuyo professor perdonare respetosa la voracidad del fuego. Sea juez de esta causa este purissimo elemento, con quien no pueden nada, ni el temor, ni el fobor, no, ni la lisonja, y darà bien desapafsonada la sentençia. Respondió el Soldan: No espero de los Sacerdotes de mi Ley, que quieran establecer sus creditos con experiencias tan peligrosas; y dixo esto, porque à la fazon vno de los mas ancianos, y de mayor autoridad, que se hallaba presente, luego que emperzó à oír el portentoso desafío, avia buuelto confuso las espaldas. Pues, Señor, replicó el Santo, como me des palabra de convertirte tu, y enciendase la hoguera, y yo entraré solo, para que el crisol de sus llamas descubra el oro de las verdades de mi Ley. En esta experiencia no aventuras nada, y yo, al parecer, soy quien lo aventura todo. Si me ofendiere el fuego, culpa será mia: duelete en tal caso de mi miseria, pero nunca dudes de mi verdad, que esta para su credito, no necesita del dicho de esta experiencia, porque tiene en sí misma su mas poderoso apoyo; pero yo espero firmemente en Christo Dios, y Hombre verdadero, cuya Ley te predico, que por ganar tu alma, y la de los tuyos, no ha de peligrar en el incendio mi cuerpo, y han de ser sus llamas pregoneras de su verdad, y santa Fè. Respondió el Soldan, no atrevérsese à admitir la propuesta, porque temia de el portento, que tenia casi por cierto, que convertidos los suyos al Christianismo, desamparassen sus Reales, y se passassen al Exército contrario con notorio perjuizio de su Imperio. No es esta la vez primera, que las razones de estado vltrajan la verdad, y atropellan los fue-

Parte I.

ros de la razon, pesando la prudencia del siglo los negocios del alma en la balança del interés, y conveniencia propria.

No le pareció à este ciego Príncipe despedir à su huésped, sin darle prendas que testificassen su afecto, y buena inclinacion, y como le vió tan pobre, le ofreció muchas, y muy preciosas joyas, para que con ellas, y dineros socorriese su necesidad, y la de su compañero. Despreciólo todo el Santo con desden admirable, façonado con la falda de su mucha discrecion, dando à entender en su mucho desinterés, y desapego, que solo deseaba negociar con el precio de la verdad la salvacion de su alma. Porfióle, admirado aun mas que lo avia estado hasta entonces, à que si quiera se valiesse de las riquezas que le ofrecia para remedio, y socorro de los Christianos pobres, que encontrasse en sus Reynos, para los quales le daba seguro passaporte con facultad de predicar libremente la Fè de Jesu Christo. Con ningun pretexto pudo vencer el teson de su Apostolica pobreza, haziendose, con el desprecio de lo que tanto apeteccen los hombres, en el aprecio de este Rey mas venerable.

Así refieren este congreso de nuestro Santo con el Soldan de Egipto todos nuestros Chronistas, y muy à la larga nuestro Serafico Doçtor San Buenaventura; pero no quiero, que à vna verdad tan peregrina le falte el apoyo de vn Varon tan illustre, como Jacobo de Vitriaco, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma, que se hallaba en el Exército Catolico, que estaba sobre Damietta, y refiere como restigo de vista mucha parte de este suceso, con estas formales palabras, traducidas del Latino à nuestro vulgar. Vimos (dize, hablando del Sagrado Instituto de los Menores) al

Viriac. citado.

Fundador primero de este Orden, y

Dd 2

Maef.

Maestro de todos sus sequaces, à quien como à Suprema Cabeça reverenciaban, y obedecian, Varon de simplicidad, y sin letras, amado de Dios, y de los hombres, cuyo nombre era Francisco. A este vimos transportado en tanta embriaguez, y fervor de espíritu, que aviendo llegado al Exercito de los Christianos, que estaba sobre la Ciudad de Damiata, en la tierra de Egipto, intrepido se pasó à los Reales del Soldan, armado con el escudo de la Fè. Aprisionaronle los Soldados Sarracenos, à los cuales dixo, yo soy Christiano, y deseo me pongais en presencia de vuestro dueño. Y como le llevassen à la presencia del Soldan, viendo esta cruel bestia, con la vista del siervo de Dios se amansò su fiereza. Tuvo con el algunos dias, oyendole predicar la Fè de Christo con suma atencion. Finalmente medroso de que algunos de su Exercito, movidos de la eficacia de su predicacion, se convirtiesen, y convertidos se passassen à nuestro Exercito, con toda reverencia, buen tratamiento, y seguridad le diò passaporte, diziendole à la despedida, ruega por mi, para que Dios se digne de revelarme aquella ley, y fe, que sea de su mayor agrado. Hasta aquí Vitriaco, el qual habla de la despedida vltima, que hizo el Santo del Soldan, de que hablarè en el siguiente Capitulo.

No perdiò el Santo del todo en esta Mision el tiempo, ni el trabajo, pues aunque muchos de sus Sermones, y palabras fueron centellas desperdiciadas, las que prendieron en el coraçon (no del todo indispuesto) de este Principe, fueron vn incendio de piedad à favor de los Christianos, porque quedò tan del todo amansada su antigua ferocidad, que ya no los trataba como Tyrano, como antes lo hazia, sino como pudiera el Señor mas benigno,

no, y vn Padre amoroso. Despues de la toma de Damiata se hizieron treguas, y huvo por algunos años suspension de armas, y en este tiempo diò libertad à muchos Christianos prisioneros: à treinta mil los alarga Mateo de Paris Escritor de aquel tiempo; dandoles opcion, ò para que se aviasen libres a sus patrias, ò para que se quedasen militando à sueldo en sus vanderas. Formò su guarda de Soldados Christianos, fiando à su fidelidad la seguridad de su persona, quando pudiera recelarse con tanto fundamento, como aver muerto su Padre à manos de Lascaro, Soldado de su guarda, Griego de Nacion, y de profesion Christiano. Duròle esta piedad, y buen afecto al Christianismo, lo que le durò la vida; y en el tiempo de su muerte, que sucediò en el año de mil doçientos y treinta, y ocho, se declaró à favor suyo con demostraciones mas libres, porque antes obraba con alguna cautela, por no hazerse sospechoso à sus vassallos de parcial con los Catholicos. Dexò en su testamento opulentos legados, y mucha suma de dineros, para que se repartiessen en los Hospitales, donde se curaban los Christianos enfermos, y se socorriesen los pobres esclavos, para poder tomar avio libres à sus patrias. Era el Soldan (dize Mateo de Paris) aunque Pagano, hombre de mucha verdad, liberal, y misericordioso; grande amigo de los Christianos, en todo lo que permitia la severidad de su ley, y el rezelo de sus vassallos, que desearan tener asegurados, y no zelosos.

No fuè sola esta centella, centella de piedad la que prendiò en el coraçon de este Principe; sino tambien vn fervoroso deseo de su salvacion, con ansias de conocer la ley mas pura, y mas verdadera, para abraçarla, y seguirla, como se lo diò à entender à nuestro Santo, quando le despidiò la

vez

vez vltima de su presencia. Logróse su deseo por las eficacias de la Oracion de su buen amigo, y murió bautizado, y bien instruido en la Fè de Christo; como fuera de nuestros Chronistas, escribe tambien San Antonino de Florencia, por estas palabras: Muriò el Soldan en Iconia, de quien se cree, que fuè bautizado. En algunas leyendas, que refieren este suceso, se lee aver sido el Serafico Patriarca el Ministro de este Baptismo, pero se padece engaño, sino es que quieran dezir averse debido su conversion à la eficacia de sus Oraciones. Lo cierto es, que San Francisco despues algunos años, estando el Soldan enfermo de muerte, se apareciò à dos hijos suyos, que peregrinaban en la Suria; y les mando, que asistiesen al Soldan, que se hallaba en Iconia en los vltimos lances de la vida, deseoso de las aguas del Bautismo, que le instruyessen, y amansasen mucho en su conflicto, dandole de su parte buenas esperanças de su salvacion, si cumplia la palabra que tenia dada. Obedecieron los Religiosos el mandato de su difunto, y Santo Padre, que con tan gran fineza de amor supo pagar à este Principe los buenos oficios, que hizo à los Christianos. Sintiò con mucho estremo la muerte del Soldan, el Emperador Federico, porque en ella quedaron frustradas las esperanças grandes, que tenia de ver propagada la Fè en aquellos Reynos, si viviera mas aquel piadoso Principe, cuya oficiosa misericordia à los Christianos, se iba con su exemplo participando à los vassallos de primera suposicion, Señores del Imperio.

En todos los progresos de este suceso maravilloso se descubren circunstancias dignas de mas larga ponderacion, que la que permite la precision historica; pero negarse del todo à alguna, fuera dexar sin alma la narracion, que dà vitales alicentos al exemplo.

Parte I.

S. Antonino. iii. 19 cap. 8

Quien no admira la fortaleza iatropida de San Francisco, que animada con los esfuerzos de la caridad, y los impulsos de la Fè, se arroja en los brazos del peligro con desprecio prodigo de la vida? Quien no pasma de ver vn hombre desnudo entrar se por los escudrones armados de la infidelidad, dexando vencidos, y desarmados con su ofradia los enojos de vn Tyrano? Quien no pondera las eficacias de la verdad, ayudadas del desinterès, y voluntaria pobreza, haziendose mas venerable para el desprecio de las riquezas, que pudiera con las invenciones del fausto? Quien no admira, ver, que el zelo de la salvacion de las almas pafese con visos de temeridad à desafiar al fuego con seguridades de vn milagro? Quien no ve, que la misma obstinacion se dà por vencida con miedo de entrar al examen de la verdad, porque no la averguence el desengaño? Venciò el desprecio de vn pobre las altivezes de vn sobervio, la mansedumbre de vn humilde, las fierezas de vn Tyrano; ganòle con la verdad el entendimiento para la Fè, y con la virtud la voluntad para el Cielo.

CAPITULO V.

Predica el Santo en los Payfes de Egipto con poco fruto. Despidese del Soldan. Consegue glorioso triunfo su castidad de vna Mora lasciva, à quien reduxo à ser Predicadora de la Fè de Christo.

VIENDO el Glorioso Santo la indeterminacion de el Soldan en abrazar las verdades de nuestra Santa Fè, à que le veia mas inclinado, que averlo; y que razones de estado eran rêmora de sus buenos deseos, se resolviò à dexarle por entonces,

Dd 3 ces,

ces, ofreciendo sus Oraciones al Señor, para que madurasse, y conduxesse à fazon los buenos propósitos de aquel Príncipe. Entróse la tierra dentro, valiéndose del pasaporte, y facultad que tenia para predicar el Evangelio, por ver si su zelo mejoraba de fortuna, haciendo algun fruto con su predicacion, y exemplo. Predicaba à los Paganos, que le oian con admiracion, y gusto las excelencias de nuestra Santa Ley, como no se deslizasse en oprobrios de su falso Mahoma, como si pudieran tener entre si comercio alguno luzes, y tinieblas. Succedió, que vno de estos Paganos compadecido de su desnudez, y pobreza le ofreciessse bastante dinero, para que su compañero, y él pudiesen mejorar de vestidos; y como el Santo lo despreciassse, se admiró el hombre, advertido de que era en ellos aquel desinterès voluntario, cosa tan poco practicada en el mundo, y por esto estrañada mas, como vista menos. Este conocimiento le dexò tan afectuoso, y devoto à los benditos peregrinos, que se ofreció al focorro de sus necesidades en propria especie todo el tiempo, que estuviessse en aquel Pais, segun su posibilidad. Admiróle el Santo la oferta con agradecimiento à su piedad, y asseguróle, de que no le faltaria en su caudal, y que hallaria vsuras, como las experimentò en la misericordia.

El fruto de la predicacion era poco, ò ninguno, y el trabajo mucho; todo lo qual ocasionò en el Santo alguna tristeza, y revelòle Dios, que convenia por entonces levantar mano de la labor, y volver à Italia, porque necesitaba su Orden de su zelo, y asistencia. Antes de salir de Egipto, quiso visitar al Soldán, de cuya salvacion estaba muy ansioso por las buenas esperanças, que tenia dadas en la explicacion de sus deseos, y en la mu-

dança de su condicion fiera, à vna mansedumbre tan favorable à los Christianos. Recibíble con mucha benignidad, y cortejo, pero siempre indeciso, y temeroso, para dexar su falsa ley, en ocasion, que tenia viva la guerra con los Christianos, y estaba contra ellos implacable el odio de los suyos. Con este pretexto se excusò de no tomar aora resolucion en este negocio, dando buenas palabras, y esperanças, para quando con el curso del tiempo mudassen de semblante las cosas de su Imperio. Pidiòle à su huésped, que rogasse à Dios le diessse entera luz para elegir camino cierto de su salvacion. Así lo hizo el Santo los días que allí se detuvo, y le revelò su Magestad, que no se perderia aquella alma, y que acabaria en el gremio de la Iglesia la carrera de esta mortal vida, con todas las circunstancias, que dexo referidas. Diòle parte desta revelacion, aconsejandole con muchas instancias, no desistiesse de las obras de piedad, para tener propicia la divina Misericordia. Despidieronse con tiernas demonstraciones de mutuo amor, y con mucho sentimiento de el Soldán, que le quisiera tener consigo, porque le servia de gran consuelo.

Muy ofendido se sentia el demonio de la virtud de el Glorioso San Francisco, à quien miraba tan empeñado en hazerle guerra, y enriqueciéndolo à la Iglesia con las presas, y despojos, que le quitaba de las manos. Por esto maquinaba venganças, y armaba laços para derribar su constancia; y aunque tantas vezes viò frustradas sus astucias, no desistia de sus depravados intentos con obstinada malicia, siempre vencido, y nunca escarmentado. Llegò el Santo cansado de las molestias del camino à vna hosteria, donde avia vna Mora moça de mucha belleza, y de igual defembol-

dad de esta muger para vencer la dificultad de sus intentos. Periuadiòla con vehemencia de sugetiones, à que sollicitasse con torpes alhagos à su incauto huésped, despertando en él, à pesar de la mortificacion, que le tenia bien debilitado, lascivos movimientos, y encendiendo en vivas asquas, con el dañado aliento de su boca, los carbones amortiguados de la sensualidad. Recogióse à su interior el Santo, reconociendo la fuerça de el peligro, y no pudiendo evitarle con la fuga, le hizo rostro con la constancia. Mirò à la deshonestà Mora, y dixola, lograràs tu pretension, si como has tenido atrevimiento para sollicitarme, tuvieres aliento para seguirmey; llegando se al hogar, esparció por el suelo las asquas, y desnudandose, se arrojò al incendio, y la combida ba, diciendo: Ea, que dudas, ò en que te suspendes? Ven, que lugar tienes en este lecho para lograr tus deseos con descanso. Fue cosa maravillosa, que no le ofendian las encendidas brasas, porque olvidò sus actividades el fuego, respectoso, sin duda, al mas noble incendio de la caridad, que ardia en su pecho. No quiso, ò no pudo lastimar à vn cuerpo, à quien utilizò tanto la penitencia, que le ganó privilegios de espíritu. Ociosa su voracidad, dexò de ser llama, y fue toda luz, de cuyos resplandores formò festivas luminarias para celebrar el triunfo de la pureza. La Mora estaba atonita à vista de este prodigioso espectáculo; nada sentia ya menos en sí, que su pasion lasciva, porque apagaron su ardor las lagrimas, que le sacò à los ojos su arrepentimiento. El fuego en que se arrojò Francisco, fue su acusacion, y su remedio, pues hallò en él luz, que la alumbrasse de la ceguedad de sus errores, y humo, que sacò las saludables aguas del llanto, para apagar el incendio de su sensual apetito. Arrepentida, y llozosa, pidió perdon al Santo de su de-

semboltura, y le rogò, que en la fuente del Baptismo labasse las manchas de su culpa. Admiròla el Santo con entereza apacible, catequizòla en los Misterios de nuestra Santa Fè, y quando la tuvo bien instruida la baptizó, y quedò como otra Samaritana hechia Predicadora de la Fè, que devió à su ardiente zelo, felizes progressos en la conversion de muchos, que sacò de el abissino de la infidelidad.

Pasòse dexando ya la Region de Egipto, con su compañero Iluminato, al Exercito de los Catholicos, que estaba à la vista de Damiat, donde fue recibido con alegría, y veneracion, por los grandes credits de su santidad. Predicò la palabra divina, y reduxo à muchos del estado de la perdicion, al de la penitencia, y no pocos defengañados, dieron de mano à las vanidades de el siglo, y se aseguraron en el puerto de la Religion. Refiere algunos de ellos Jacobo Vitriaco en vna Epistola familiar, que escriviò à los de Lorena, que anda impresa con otras en sus Obras; cuyas son las siguientes formales palabras. Don Ray-

nero, Prior de San Miguel (así llama à los Parrocos) se entregò à la Religion de los Frayles Menores, la qual se multiplica mucho por el vniverso. Sigue, y expressamente imita la antigua forma de la primitiva Iglesia, y en todo, y por todo la vida de los Apostoles. El Maestro de estos Frayles se llama Fr. Francisco, el qual es tan amable, que todos le atienden con veneracion. En esta misma Religion tomò el Habito nuestro Clerigo Colnio Ingles, y dos de sus compañeros, Miguel, y Mareo, à quien yo tenia encomendada mi Iglesia. Tambien tomaron este mismo Habito Cantor, y Henrico, y otros, de quien apenas puedo hazer memoria. Todas son palabras de Vitriaco, dignas de Varon tan piadoso, en que se manifiestan los opimos fru-

ros de la predicacion de el Serafico Maestro, y el mucho credito de su santidad, con que empegò à florecer en el mundo su Apostolico Instituto.

CAPITULO VI.

Visita la Palestina. Recibenle en Procecion los Monges Benedictinos de la Montaña Negra, y movidos de su exemplo abrazan todos su Apostolico Instituto.

NO bien satisfecha la sed, que nuestro Santo tenia de la salud de las almas, viendo que en Egipto avia sido escasa la cosecha de la palabra Divina, passò à Palestina, y Galilea, para visitar los Santos Lugares, en que Christo obrò la Redempcion, y aviarle de esta Region para Italia. Esta peregrinacion reñere Tomàs Celano, contemporaneo del Santo Patriarca, de quien la copiaron otros Elicitores de la Orden; cuyo comun consentimiento dà entera fe: y no añade poca autoridad Juan Francisco Pico Mirandulano, que describe este viage con suma elegancia en el Poema heroyco Latino, que escribió de San Francisco.

*Nitidis scrutatus sedibus hospes
Indignus, unde imò captivos carceris an-
tro*

*Eripere, quos pertulerat furor impius
olim*

*Cum Sadalino Italum robur, dum praesta
miseret*

*Pellao repetens Saltos, Syriamque re-
bellem*

*Atque ita per densos pietas accensa ma-
niplos*

*Percuneos, & per conserta umbonibus
arma*

*Quosvit Lattam redimi sine munere
pubem,*

Llegò despues de largas jornadas à Antiochia, Ciudad Metropolitana de Cefesiria, y de aqui à la Montaña Negra, que dista de la Ciudad como vna legua à la vanda de el Norte. En esta soledad avia vn antiguo Monasterio de Monges Benitos, los quales noticiosos de la venida del Santo, le salieron à recibir con festivas demonstraciones, puesta en orden, y procesionalmente la Comunidad. Hizieron esta demonstracion tan estraña, porque su Abad, inmediato al que aora regia el Monasterio, Varon de gran virtud, y de conocido espiritu de profecia, estando para morir les dixo: Que pocos meses despues de su muerte vendria à hospedarle en su Monasterio vn hombre gran siervo de Dios, Padre de vna Religion nueva, y muy dilatada, cuyas señas eran Habito de color de ceniza, muy pobre, y ceñido con vn cordon negro de la persona despreciable, pero digno por su virtud, y santidad de todo honor, y reverencia. Esta noticia conferida con la que aora tenían nuevamente, de lo que passava en la Ciudad, donde ya avia predicado con admiracion de todos, y mucho credito de su doctrina, les obligò à que conuinadas las señas, que dexò expuestas el difunto Abad, conociesen ser este el sugeto de su profecia; y à esta causa le esperaron prevenidos para recibirle con esta honra, que fuè martyrio, y torcedor de su profunda humildad. Hizo mansion en su compañía algunos dias, con vn porte de vida tan sobre humana, y toda Serafica, que llenò bien el gran concepto, y expectativa, que tenían de sus virtudes. Enamoraronse tanto de la dulçura de su trato, de el poderoso atractivo de su santa conversacion, de su profunda humildad, y extremado desprecio de los bienes del mundo, que de comun consentimiento conmutaron su primer Instituto, aunque santísimo, en este

este nuevo Orden de vida Apostolica, renunciando todas sus rentas, y posesiones en manos del Patriarca de Antiochia.

La verdad de este suceso generalmente admitida por consentimiento vniforme de los Chronistas, la confunde, y obscurece algo vna Bula de Gregorio Nono, expedida el año de 1235. en el nono de su Pontificado, quinze años despues, que el Glorioso Santo estuvo en Palestina, y nueve despues de su gloriosa muerte. Y antes de entrar à la solucion de esta duda, pondré la Bula à la letra, de cuyo contexto se infiere; dize así: *Ministro, & Heremitis de Montana Nigra Antiochena Diocesis, Gregorius, Servus Servorum Dei salutem, & Apostolicam benedictionem. Quorundam nos Ordinum, quorum clara satis stiterit principia, repentinus pro diversitatum levitate defectus invitat, ut libenter certum vivendi formam vobis potentibus praebeamus; ut qui sub unius professionis titulo degitis, ad eum, qui habitare facit unius moris in domo, incedentes uno, & certo consuetudinis tramite, quasi regia via securius pertingatis. Quo circa vestris supplicationibus annuentes B. Benedicti Regulam, & regulam, quae secundum Deum servari valeant instituta, perpetuo vobis concedimus observanda. Nulli ergo, &c. Datum Perusij Kalendis Maij. Pontificatus N. anno 9.*

La dificultad, pues, que esta Bula ofrece, no es tanta, que pueda enfastecer los creditos de vna verdad, que tiene à su favor el sentir de tan graves Autores, añaçado en la constante tradicion de la antigüedad. Tiene faciles salidas. Sea la vna, y es harto verisimil, que los Religiosos de aquel Monasterio, que de comun consentimiento dexaron su primer Instituto por el segundo, movidos entonces de la fuerça del exemplo de San Francisco; mudaron despues parte de ellos

de parecer, ò porque se les hizo muy rigida, y poco tolerable la austeridad de la nueva vida, ò porque la inconstancia (achaque bien familiar à la condicion humana) les obligò à la mudança, con que divididos ya los vnos de los otros en las observancias regulares, abrieron puerta para la discordia, pues no ay cosa que tanto la fomente en vna Comunidad, como la variedad de ritos, y ceremonias. Y que dificultad tiene, que en esta division prevaleciesse la parcialidad de los que seguian las observancias primeras de San Benito, en que se avian criado, venerables por su antigüedad, y mas conocidas, y practicadas, que las del Serafico Instituto, entonces nuevo, y poco conocido? Es, pues, muy verosimil, que por evitar la turbacion de esta discordia, y obrar con seguridad, y sin escrupulos, recurriesen à la Silla Apostolica, para que todos con beneplacito suyo viviesen en su primera Regla de San Benito. Esta solucion està innuada en aquellas palabras de la Bula: *Repentinus pro diversitatum levitate defectus, &c.* en las quales dà à entender el Pontífice, que la poca conformidad que avia en la regular disciplina, avia nacido de levedad de animo, y inconstancia de condicion. Para el ajuste de este suceso en todas sus circunstancias dan tiempo sobrado quinze años, que corrieron desde que el Monasterio de la Montaña Negra se diò à la Orden de los Menores, hasta que por la Bula de Gregorio Nono se reduxo à su primer origen, con que fin que falte la verdad de la primera entrega, tiene su lugar tambien en la verdad la segunda mudança.

Otra solucion se me ofrece à esta duda en mi sentir aun mas ajustada; porque siendo, como es, la Montaña Negra muy dilatada, y de muchas leguas de ambito, à mas del Convento, ò Monasterio de Religiosos Benitos, re-
du-